

Hacer frente al proyecto urbanizador del capital

La relación entre el mundo urbano y el rural se está transformando radicalmente. El campo se está urbanizando y, entre sus pobladores, cada vez hay menos campesinos. Se integra en la oferta consumista urbana convirtiéndose en un lugar para el disfrute de los fines de semana y días de ocio de una población confinada el resto del tiempo en la ciudad. Las demandas de la vida urbanizada marcan los ritmos y las actividades del mundo rural, como muestran los cambios en su papel, todavía central, de suministrador de mercancías agrícolas a los mercados urbanos, ahora plenamente integrado en un esquema globalizado de industrialización alimentaria muy alejado del de las economías campesinas que antaño contaban con relativa autonomía para determinar qué, cómo y para quién producir. La colonización del espacio rural es consecuencia de un proceso metropolitano cuyos impulsos van más allá de los que despliega en la propia ciudad.

Contemplar el mundo rural y urbano por separado es un error en el momento en que se difuminan las diferencias entre ambos. Por este

INTRODUCCIÓN

motivo dedicamos dos números consecutivos de la revista *PAPELES* a los desafíos y problemas presentes en estos ámbitos, empezando por lo que acontece en el espacio urbano.

La organización capitalista del espacio

Ambos mundos son el resultado de cómo organiza el espacio el capitalismo. Este se ha desarrollado históricamente en las ciudades. En ellas se encontraba la mano de obra necesaria y los potenciales consumidores que anticipaban la formación de un mercado interior que la instauración de los Estados-nación se encargaría de ensanchar antes de dar el salto, a través de sucesivas fases de internacionalización, al espacio mundial. La globalización ha dado lugar a un mar de urbanidad con islotes rurales en continuo retroceso. El desarrollo capitalista desenfrenado, señala David Harvey, promueve un proceso que da salida al «capital sobreacumulado ávido de inversión en un crecimiento urbano raudo e ilimitado sin importarle cuáles sean las posibles consecuencias sociales, medioambientales o políticas».¹ De este modo, el resto del territorio no urbanizado queda redefinido de forma subalterna, como mero proveedor de recursos y sumidero de desechos, desprovisto de identidad y cultura propia, desposeído radicalmente, no sólo de lo que tiene, sino también de lo que es.

La evolución de las ciudades

Pero más allá de lo que pueda significar el proceso urbanizador en la absorción del capital excedente, también las diferentes fases por las que ha transcurrido el capitalismo han hecho evolucionar el papel de las ciudades: «En un primer estadio, en el capitalismo de producción, la urbe hizo las veces de un campamento donde habitaba el ejército laboral de reserva. Más tarde, en el capitalismo de consumo, la ciudad fue el lugar donde brillaban los objetos de deseo. Ahora, en el capitalismo de ficción, la ciudad deja de ser contenedor para ser ella misma, en cuanto objeto, la que ingresa en el proceso de producción».² Sin eludir atributos de otras épocas, las ciudades en la fase del capitalismo cultural (o de “ficción” como lo denomina Vicente Verdú) aspiran a ser “ciudades globales” que funcionan como plataformas organizativas y nodos principales de una red de interconexiones desarrolladas a escala planetaria o, si acaso no lo logran, meros destinos turísticos una vez reconstruidas como escenario teatral al servicio del *show business*. En uno u otro caso, la ciudad, además de espacio mercantilizador, queda convertida en espacio mercantilizado (bien como mercancía para la producción de otras mercancías, bien como mercancía final ofrecida para ser degustada en la sociedad del entretenimiento).

¹ D. Harvey, *Ciudades rebeldes*, Akal, Madrid, 2013, p. 13.

² V. Verdú, *El estilo del mundo*, Anagrama, Barcelona, 2003, p. 40.

Sometida a estas tendencias se hace difícil concebir la ciudad como un espacio común de relación y convivencia centrada en las necesidades de las personas que la habitan. Más bien, al contrario, bajo el dominio del capital urbanizador se va imponiendo –como se ha señalado ya en otras ocasiones en esta revista–³ un modelo metropolitano segregado, privatizado y securitizado que obstaculiza la participación ciudadana y la cohesión social y hace imposible la sostenibilidad ambiental, pudiéndose observar todo ello con mayor claridad a través de algunos fenómenos que emergen, si bien con fuerza desigual, en las ciudades contemporáneas.

Ciudad dispersa: deterioro de la confianza y segregación social

El primero de estos fenómenos tiene que ver con la forma en que se despliega sobre el territorio la moderna metrópoli como urbe apaisada y sin confines que crece como antítesis de la idea tradicional de ciudad acotada, abarcable y ordenada. Aunque con un mayor grado de desarrollo en Norteamérica que en Europa, la fórmula de ciudad extensa ha modificado los perfiles urbanos de nuestro país de la mano de la reciente burbuja financiero-inmobiliaria. Siendo esta la principal causa de su desarrollo, también se ha visto impulsada por factores de orden cultural, como el modelo de movilidad basado en el automóvil privado y las preferencias hacia viviendas más amplias y con nuevos estándares derivadas de la moda del adosado entre las clases medias. Ha significado, por otra parte, un aumento de las distancias entre los lugares de trabajo, ocio, compra y residencia, contribuyendo con ello a que una parte significativa de la vida de muchas personas se dedique a recorrer, aislados en el interior de su vehículo, los itinerarios que unen esos lugares. Pero, sobre todo, ha incidido en la modificación de la estructura monocéntrica, radial, heterogénea y conectada en sus elementos a través del carácter extrovertido de los barrios, que caracterizaba hasta hace poco a la ciudad. En su lugar, está surgiendo una realidad urbana policéntrica con numerosos espacios diseminados hacia donde se desplazan los ciudadanos de acuerdo con la actividad que en cada momento les toca desempeñar, originando aglomeraciones puntuales en grandes centros comerciales y de ocio o en parques administrativos y empresariales que congestionan el viario que los conecta con las zonas residenciales.

En este modelo de ciudad desaparecen muchos de los elementos que identificaba Jane Jacobs como indispensables en la vitalidad de las ciudades y que contribuyen a que la gente se sienta parte de la comunidad y más feliz con su entorno. Frente a un tejido urbano que parece hilado de numerosos “espacios de anonimato” (o “no lugares”, como los denomina

³ *PAPELES* ha abordado la cuestión urbana desde diferentes prismas en el núm 106: «La ciudad, una cuestión de derechos», en el núm. 111: «Tendencias y alternativas urbanas» y, más recientemente, poniendo el foco en la *apuesta* municipalista, en el núm. 129 dedicado a «Municipios y participación ciudadana».

Marc Augé)⁴ poco propicios para los contactos continuados, Jacobs resalta el papel fundamental del encuentro habitual entre vecinos y conocidos con el tendero local y las familias del barrio, así como la importancia de la existencia de mercados callejeros, plazas y parques públicos que se puedan frecuentar con seguridad y comodidad, por ser estos ámbitos los que proporcionan un sentimiento de continuidad y responsabilidad entre los residentes: «La suma de esos contactos ocasionales y públicos en el plano local –la mayoría de ellos fortuitos y asociados a los recados, determinados todos ellos por la persona interesada y no impuestos por nadie– equivale a un sentimiento de identidad pública de la gente, una red de respeto y confianza y un recurso para tiempos de necesidad de las personas y el barrio».⁵

El deterioro de la confianza resulta mortal para la vida de las ciudades, pues son siempre un proyecto colectivo y, como señalaba Tony Judt, no hay empresa colectiva que no requiera confianza: «La falta de confianza es incompatible con el buen funcionamiento de una sociedad [...] [Además] la confianza no se puede institucionalizar. Una vez que se desgasta es prácticamente imposible restablecerla. Y ha de ser alimentada por la comunidad –la colectividad–, pues ninguna persona puede imponer a los demás, ni siquiera con las mejores intenciones, una confianza recíproca».⁶ La desconfianza es el mejor caldo de cultivo del miedo, y el miedo, como señala Bernardo Secchi, desarrolla la intolerancia rompiendo la solidaridad, que a su vez retroalimenta a la propia política urbana segregadora neoliberal: «gran parte de la heterogeneidad y fragmentación espacial de la ciudad contemporánea hunde sus propias raíces en sucesivos movimientos de rotura del sistema de solidaridad y en el correspondiente emerger de sistemas de intolerancia, ya sean de carácter sanitario, religioso, étnico o cultural, o tengan que ver con diferentes modos de vida o niveles de renta, hábitos de consumo o cuestiones relativas a las características del espacio habitable [...] hoy la cuestión urbana se manifiesta cada vez más como explosión de nuevos sistemas de intolerancia».⁷

Privatización de espacios urbanos

Así, pues, no resulta extraño que proliferen tantos ejemplos extremos del nuevo urbanismo segregador. Cada vez son más frecuentes las comunidades residenciales rodeadas de muros que limitan la libre circulación de los no residentes. Son la manifestación más clara

⁴ M. Augé, *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, editorial Gedisa, Barcelona, 1993. Con "no lugares" el autor se refiere a esos espacios descontextualizados e indiferenciados donde no es posible leer la identidad, la relación y la historia, ámbitos cada día más numerosos en los que pasamos un tiempo creciente de nuestras vidas (aeropuertos, estaciones, intercambiadores de transporte, centros comerciales, hoteles, complejos *resort*, pantallas y tabletas digitales, etc.).

⁵ J. Jacobs, *The Death and Life of Great Cities*, Vintage Books, Nueva York, 1961, p. 56.

⁶ T. Judt, *Algo va mal*, Taurus minor, Madrid, 2013, p. 73.

⁷ B. Secchi, *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*, Catarata, Madrid, 2015, p.36.

de cómo la desconfianza ha logrado plasmarse en el ámbito urbano. Las *gated communities* norteamericanas, los condominios latinoamericanos o las urbanizaciones residenciales privadas europeas, vigiladas las veinticuatro horas, son espacios en los que se busca una seguridad y una calidad ambiental que el resto de la ciudad no ofrece. En el fondo no representan más que una vía de autoexclusión de los sectores sociales más prósperos en forma de solución particular a los problemas generales. Vienen a ser la otra cara de los procesos de expulsión de la ciudad: si los pobres y las clases sociales populares quedan confinados en espacios degradados e inseguros, los ricos se retiran voluntariamente a reductos donde poder vivir de espaldas a los problemas generales. El particular estatus jurídico de estas urbanizaciones así lo revela. En dichas comunidades se redactan ordenanzas propias para regular los acuerdos, las condiciones y las restricciones a la convivencia al margen de las que rigen en el resto del espacio urbano. Constituye «un estado de suspensión del orden jurídico-institucional del Estado al que pertenece; es lugar de nuevas y específicas formas de gobernanza construida ad hoc y aceptada en un pacto de mutuo acuerdo por sus habitantes; es Estado dentro del Estado. Los aspectos jurídicos-institucionales de la *gated community* son tan importantes como los físico-espaciales».⁸

Mercantilización de la vida urbana

Pero, en todo caso, lo que surge no es más que un modo de Estado privatizado a resultas de la inhibición ante el contrato social público que queda desplazado por la adhesión a un contrato mercantil privado. Porque como ha señalado oportunamente Jeremy Rifkin, lo que expresan estas fórmulas de aislamiento en comunidades compuestas de personas con estatus socioeconómico parecido y con las mismas ideas acerca de la vida urbana es la mercantilización de las relaciones y experiencias humanas. El fenómeno creciente de estas formas de residencia «dice mucho del cambio en una forma de pensar que ha colocado en su centro los valores comerciales y ha arrojado a la periferia de la vida humana los valores cívicos. Para un número creciente [...] el hecho de que ahora la comunidad sea un producto que podemos comprar, en vez de algo que creamos nosotros mismos, es una muestra de cuán profundamente han penetrado los valores del mercado en la vida personal».⁹

Otras expresiones de la mercantilización del espacio público, revestidas esta vez de formas de colaboración con el sector privado con la supuesta intención de revitalizar determinados espacios urbanos, son las fórmulas de asociación que dan lugar a los «centros comerciales abiertos» en los cascos históricos de las ciudades o las áreas de dinamización

⁸ *Ibidem*, pp. 50-51.

⁹ J. Rifkin, *La era del acceso*, Paidós, Barcelona, 2000, p. 170. En el capítulo 7, «El acceso como estilo de vida», Rifkin describe y analiza de manera particular el papel de las comunidades exclusivas, conocidas en los EEUU como '*common-interest developments*'.

Introducción

empresarial asemejadas a las iniciativas anglosajonas denominadas *Business Improvement Districts* (BID).¹⁰ Son estrategias que reflejan los cambios que en el gobierno local y la gestión urbana ha provocado la aplicación de las políticas neoliberales, concebidas para el consumidor en vez de para el ciudadano desvirtuando el carácter público de calles y plazas al reconvertirlas en lugares mercantilizados.

Afortunadamente hay quien ha decidido hacer frente al proyecto urbanizador del capital. La nueva política que encarnan las agrupaciones electorales municipalistas que han accedido recientemente al gobierno de muchos ayuntamientos de nuestro país abre una puerta a la esperanza de que se pueda recuperar la ciudad como espacio común para los ciudadanos.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

¹⁰ Un interesante análisis de las razones de la proliferación de estas fórmulas y de las consecuencias de su implantación, se puede consultar en el artículo publicado en la primavera del 2008 en esta misma revista: H. Villarejo, «Espacios públicos gobernados privadamente», *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 101, pp. 101-116. (Descarga libre en: http://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/revista_papeles/101/Espacios_publicos_gobernados_privadamente_HVillarejo.pdf).